

LETRAS

letrillas

LETRONES

CARTA DE MADRID

O quizá artimaña

Hace ya nada menos que quince años, durante una estancia como profesor en los Estados Unidos, reparé en dos detalles mínimos que me vienen de vez en cuando al recuerdo, al observar ciertos hábitos actuales en el trato entre hombres y mujeres. Daba mis clases en Wellesley College, cerca de Boston, una Universidad femenina a la que asistían sobre todo chicas de familias protopuritanas y protoacaudaladas. Entre el profesorado sí se permitían algunos varones, en número reducido, así que resultábamos de lo más conspicuo y debíamos llevar extremo cuidado. Una de las primeras advertencias que al llegar me hicieron fue ésta: “no se te ocurra besar a ninguna alumna, no digamos acostarte con ella, porque aunque sea ella la que asalte tus sábanas al abordaje, tú serás el culpable, por tu posición dominadora”. Lo enten-

dí bien y lo tuve presente, y eso que la castidad no era fácil en un lugar en el que las estudiantes lo tomaban a uno no sólo por su profesor, sino también por su padre, su madre, su confesor, su psicoanalista, su padrino (en el sentido mafioso), su niñera, su mascota, todo junto.

Además, y dada la gran susceptibilidad general de las mujeres norteamericanas, decidí comportarme con todas ellas –alumnas o profesoras, niñas, señoras de la limpieza o abuelas– con una neutralidad exquisita, casi como si no las viera (mi vieja costumbre de mirar las piernas mirables la practicaba con ardidese complejos, o con gafas muy ahumadas). Pero uno es víctima de reflejos inveterados, y así, en una ocasión en que subí en ascensor con una colega de otro departamento, me salió espontáneamente, al abrirse las puertas, cederle el paso con ademán semigalante –o digamos sólo europeo. Para mí era tan natural que ni me di cuenta, y lo que me dejó perplejo –y meditabundo

luego– fue la reacción de ella, por suerte no negativa; al contrario, se le iluminó el rostro con tal sonrisa de estupefacción y aprecio que no pude sino concluir que, ya en 1984, cortesía semejante era para ella un acontecimiento (y eso que era atractiva). Sonará antiguo, pero eso me dio lástima (tenía treinta y tres años). Y tomé nota: había salido bien parado, pero podía haberme llevado una regañina, pues la excepcionalidad del detalle indicaba la conveniencia de abstenerse de tales gestos, que muchas otras mujeres tachaban sistemáticamente de “discriminación”, “sexismo”, “machismo” y aun “cerdismo”, eso me temo.

Unos días después, sin embargo, la misma colega aspiró el aire del ascensor arrobada y me dijo sin espontaneidad: “Qué bien huele usted. ¿Qué colonia usa, si le puedo preguntar?” Como allí no se vendía la mía desde hace mil años, compraba una llamada Jordache, que olía bien, un poco dulce para mi gusto. “Jordache”, dije como en un anuncio, y añadí: “Gracias”. A continuación pensé que esos mismos comentario y pregunta no podría yo habérselos hecho a ella. No porque oliera mal (creo que no olía), sino porque en boca de un hombre la observación se habría visto como “impertinente” o “demasiado personal”, como un avance o un piropo, o directamente como “acoso sexual”. Es fácil que me la hubiera cargado.

Hoy veo, aquí y allí, cómo muchas mujeres, no por fuerza jóvenes, hablan en público de los hombres de una forma que sería censurada si sucediera a la inversa. Porque no se trata de que ahora también puedan las mujeres decir que un tío está cañón o analizarle minuciosamente sus aparentes bultos, como hacían antes los varones respecto a las tetas de ellas, sino que sólo a ellas están permitidos ese lenguaje y esa mirada. Claro que bastantes hombres todavía se los permiten, pero a esos se los suele considerar malas bestias, soeces, primitivos, zafios, émulos de un par de presidentes del Atlético de Madrid, para entendernos. En cambio no se ven rebajadas las mujeres que elogian las

nalgas de este torero o el paquete de aquel fontanero. Muchas sueltan exactamente las mismas groserías que antaño se atribuían a los sufridos albañiles, gremio procaz según la fama. Cuando eso ocurre, sin embargo, no logro evitar la engorrosa sensación de que a esas mujeres se las azuza y “se les ríe la gracia”, de manera parecida a como se ríe y azuza a los niños a imitar a los mayores. Y acabo por preguntarme si no será todo esto una artimaña de los varones, que hemos decidido ahorrarnos el esfuerzo del cortejo y la exageración del requiebro. Porque la inversión total de papeles no se ha dado de hecho, estoy seguro: todavía ninguna mujer me ha cedido el paso al salir de un ascensor, con la mano extendida graciosamente y una leve y natural inclinación de su cabeza. —

— JAVIER MARÍAS

LITERATURA

Puntos o la ley de Heisenberg (III)

Una espléndida biblioteca universitaria algo me ha curado la obsesión de andar de librerías, pero alguna vez curioso en una de desafectados. Una vez me deparó un Montale con su dedicatoria. La emoción de ver su letra pequeñita llegó junto a un recuerdo por el que quizás alguien me pida cuentas al pasar la última frontera. Recién llegada a Austin, conocí en una reunión a una profesora americana especialista en Dante. Le dije cuánto compartía sus gustos. Me preguntó, glacial, que para qué leía a Dante. Presenté excusas con todo mi ser y escapé, como la última mujer de Barba Azul al recibir la revelación del peligro: había entrevistado el acorchado fruto de la academia. La dama viva fue la propietaria del libro; difunta quizá la inquietó mi compra. Ahora encontré un Cocteau no leído y en él una breve historia felina, que Keats nunca escribió pero andaría de boca en boca atribuida a él. Extraviado por la noche en un bosque, ve en un claro unas ruinas y una aparatosa ceremonia fúnebre —heraldos,

estandartes, trompetas— cuyos únicos participantes son gatos, centenas de gatos. Comprueba que no sueña y se esconde, aterrado, seguro de que si lo descubren morirá entre sus uñas. Desde la oscuridad que lo protege ve el fin de la ceremonia y salir la luna sobre las ruinas otra vez desiertas. Al fin llega con gran atraso a la casa para ir a la cual se aventuró en la noche. Poco confiado en que le crean, cuenta el insólito espectáculo al que acaba de asistir. Al concluir su nervioso relato, el gato de la casa, que duerme junto a la chimenea, se estira, salta a la ventana, desaparece. Antes ha dicho: “Entonces soy el rey de los gatos”.

■

Mi primer encuentro masivo con la lectura me lo ofreció una enorme librería de viejo cuyo dueño antes vendía gasolina. Supuse que allí estaban los libros del mundo. Como de éstos él lo ignoraba todo, los valoraba al peso. Quizás un directorio telefónico, pero sé que una traducción de *El bombrecillo de los gansos* de Wassermann valía para él más que tesoros inhallables pero livianos: abrumada por el *bombrecillo* lo cambié por varias pequeñas ediciones de Cluny de las que era devota. Luego él aprendió y yo me equivoqué a menudo en mis tanteos. Estaba de moda Remarque. También *Los cuatro jinetes del Apocalipsis*, que pudieron eximirme de otros buceos literarios en la guerra del 14. Ésta, habida cuenta de la deshumanización de las luchas actuales, aún me conmueve cuando es mero fondo, como los telones de esos fotógrafos de pacotilla que medio siglo atrás se esmeraban en fraguar un jardín un poco borroso para enmarcar la imagen del retratado. Los mejores entre esos libros catárticos se concentran en los frágiles peones que avanzan o retroceden, sin saber en qué dirección van, para concluir acucillados entre el barro de una trinchera. Mucho le debe el hombre, en cuanto especie, al escritor capaz de observar con comprensión, amor y real paciencia lo que del prójimo merece ser salvado, como el Jünger entomólogo a los insectos, desde el otro campo del

mismo desastre. El narrador parece olvidarse de sí mismo y olvidamos que también él fue víctima. Afortunada, claro, puesto que vivió para contarlo. Lo merece la densidad humana de esas criaturas que pusieron entre paréntesis su vida para un casi seguro sacrificio. Sus razones podían no ser heroicas. Sin embargo, acataban las leyes de un sagrado compañerismo. Sin duda la guerra, atrás, mueve sus hilos, cambiando sus monstruosos rasgos desde que existe el hombre. Pero las batallas homéricas, las Cruzadas, las luchas de religión europeas, hasta esa guerra del 14, dejaban que las virtudes del hombre se impulsaran al embrutecimiento: en *Hôtes de passage*, se recuerda al soldado francés que ha salvado a un alemán, convertido por el viento en víctima de su propio gas mostaza, y se enfrenta al oficial Malraux al creer que le exige abandonarlo a una muerte terrible. Pienso en Blaise Cendrars, que en *La main coupée* deja constancias de esos pobres *poilus*, humanos pintorescos y no superhéroes, apenas partes de una máquina que no suelen entender. En aquella Primera Guerra Mundial él pierde parte del brazo. Cuando en *Moravagine* intuye la bomba atómica, ha dado un salto mayor hacia un previsible escepticismo. —

— IDA VITALE

CARTA DE BARCELONA

A un escritor con dos casas para siempre

A Juan Villoro le han dado un premio y, además, su vida pasa en estos días por cambios importantes. Ahí va un abrazote, Juan. Acabo de leer *La casa pierde*. Que ese libro de cuentos esté dedicado a Alejandro Rossi me parece muy significativo, creo que nos pone en la pista de uno de los rasgos más vistosos de tu carácter: la inteligencia. Porque para mí la dedicatoria de ese libro —donde, por cierto, “Corrección”, uno de los cuentos, es una obra maestra— busca rendir pleitesía, no a Rossi, sino a lo que éste representa en nuestra órbita

literaria común: la inteligencia.

En Can Massana, en aquel mediodía barcelonés, en aquel 10 de octubre del 91 en que nos conocimos, la inteligencia fue el primer rasgo que percibí en ti. Como decía Duchamp, el concepto de inteligencia es muy elástico, pero para mí ese concepto se acerca a aquello que decía Bioy Casares parafraseando a Bergson: “La inteligencia es el arte de encontrar un agujerito por donde salir de la situación que nos tiene atrapados”. Y yo creo que la inteligencia, con la ayuda del tiempo, suele transformar el desdén y la ironía en humorismo. Tu famoso humor, Juan. Creo que siempre has sabido que el humor, entre otras cosas, puede ser una forma superior de cortesía. Humor y cortesía son otros de los rasgos más vistosos de tu personalidad y de tu literatura. A estos rasgos habría que añadir —nombraré sólo unos pocos, no quiero abrumarte en este día tan señalado de entre las fechas de tu vida de flecha o tren bala que ama en el fondo la lentitud—, voy a decirlo rápido: astucia narrativa, vivacidad, maestría en la contemplación de los detalles (que Nabokov te ampare siempre) y el despliegue de una enorme simpatía personal que tiene cautivados a todos mis amigos barceloneses. “Recuerdo la alegría de mis hijos pequeños cuando les anunciaba que Juan comería con nosotros”, ha escrito Rossi. Yo podría decir algo parecido sustituyendo los hijos pequeños por mis amigos. Porque todas tus estancias en Barcelona, desde aquel 1991, se han caracterizado por su intensidad —no parabas, tanto si era para encontrar el agujerito por donde escapar de las situaciones que te tenían atrapado como para ser exquisitamente cortés con las mujeres o ir al fútbol o regalar tequila a mi hermano o comprarte un piso— y por tu increíble capacidad para desdoblarte y estar a la misma hora y en lugares bien distintos con las más diferentes tribus de la ciudad, hasta el punto de que yo creo haberte visto seguir en la noche barcelonesa a una joven maya por las Ramblas, seguirla hasta un tendajón donde se vendían refrescos y escucharle decir: “*Diet Coke ¿ba ux?*”

Recuerdo la alegría de mis amigos cuando les anunciaba que cenarías con nosotros. A veces les decía que vendrías acompañado de la joven maya, y todos se reían felices, porque todos se acordaban de *Palmeras de la brisa rápida*, el libro que más veces he prestado en mi vida. Me acuerdo de Ignacio Echevarría leyendo ese libro bajo una palmera mallorquina, riendo como jamás le he visto reír (y eso que ríe mucho), a mandíbula batiente, repitiendo en voz alta: “¿Y eso atabacado que tienes en la bolsa?” Yo me reía entonces con él. “Una calzonera para el baño de tanque”, le contestaba desde la palmera vecina, en nuestra brisa rápida del verano mallorquín.

Un día 14 de febrero del 92 (del que hoy se cumplen exactamente ocho años) nos profetizaste a Paula y a mí, en la dedicatoria de nuestro ejemplar de *Palmeras de la brisa rápida*, la situación en la que te encuentras en el día de hoy, en el momento mismo de escribirte yo esto. Nos anunciaste: “Ustedes han logrado que Barcelona sea para mí una casa para siempre. Este códice maya es la primera piedra de la otra casa que les espera del otro lado del mar”.

Del otro lado del mar, te envía un abrazo el mexicano adoptado que yo soy desde aquel 14 de febrero del que hoy se cumplen ocho años. Desde el otro lado del mar, te miro hoy lo más lejos posible de Veracruz y de la Clínica Barraquer de mi ciudad natal. Y te miro en homenaje a esa novela que tanto me fascinó, *El disparo de Argón*, esa novela sobre la mirada, sobre la mirada vista en un doble sentido, el físico y el real, el trascendente y el simbólico. Y esa mirada quiero pensar ahora que alcanza a todas las desventuras del joven Guardiola de *Materia dispuesta*, ese adolescente cuya condición natural es ser un sonámbulo satélite y un chupapiés con el coco lleno de arena, ese titubeante chupanas con el que tú inventaste la realidad inventada de tu inabarcable ciudad del otro lado del mar, esa ciudad en la que tú tienes dos casas para siempre o, mejor dicho, dos casas que ganan siempre. —

— ENRIQUE VILA-MATAS

ENTREVISTA

Literatura de la droga Charla con Salvador Elizondo

En Autobiografía y Cuaderno de escritura, usted ha hecho referencias a la ancestral relación droga-cultura.

¿Qué influencia tiene esta relación en su obra?

Desde los tiempos de Grecia, con la leyenda clásica de Sibila, que ingería no sé que tipo de droga para facilitar la expresión de los enigmas, hay casos clásicos en la literatura de ingestión de drogas. En la cultura moderna, está en primer lugar Thomas de Quincey, que empezó tomando las drogas por necesidad analgésica y luego se convirtió en un adicto que, al mismo tiempo, durante su adicción, sobre todo al opio, estudió sus efectos y comportamiento. Viene después Baudelaire. Estos dos autores son, para mí, las referencias fundamentales en el orden literario. Está el caso de Cocteau, que también se hizo aficionado al opio y luego escribió un libro que es un diario de su desintoxicación que se llama precisamente *Opio* y que es muy interesante. Esas son las referencias de mis influencias que puedo darle de la droga y la literatura, pero mi obra no tiene nada que ver con esto.

¿Está de acuerdo con la legalización de las drogas?

No, porque es ponerlas a la disposición de todos. Aunque no se sabe qué es peor porque, por ejemplo, en Estados Unidos, cuando prohibieron el alcohol, hubo mucha ilegalidad y crímenes. No puedo contestar esa pregunta de una manera definitiva, pensándolo bien no sé qué contestarle. Para controlar el narcotráfico posiblemente sí valga la pena legalizarla. Aunque yo creo que siempre habrá un tráfico aunque esté legalizada, porque habrá quienes la den más barata.

¿Cuál es su experiencia con las drogas?

No he tenido experiencia con las drogas. Yo he fumado ocasionalmente, como todos, marihuana, pero no la utilizo para escribir. No la concibo como un



Foto: Brendan Hennessy

Salvador Elizondo, de la secta De Quincey-Baudelaire.

medio de inspiración. No tengo otra experiencia con las drogas más que las que le dan a uno en el hospital. La marihuana no tiene mucha importancia. Es una droga que a mí no me afecta, simplemente me adormece, o algo así. Me gusta más el alcohol, sobre todo ahora que he llegado a una edad en la que tengo achaques y encuentro que el whisky me gusta porque es analgésico y produce bienestar. Pero nunca me emborracho. Una vez traté de comer peyote, pero no pude porque me repugnó el sabor.

¿Las culturas rituales utilizan las drogas como instrumento de comunicación mística?

Todas las culturas rituales buscan una comunicación con el más allá. Creo que todos los ritos tienden a eso: establecer una comunicación con otras fuerzas desconocidas o que están latentes, y por medio de las drogas se supone que se llega a esta relación con el mundo trascendente. Son culturas sumamente ajenas a la concepción judaicocristiana-occidental.

El fenómeno del desarrollo de los sentidos de Rimbaud y el efecto de la sinestesia, ¿cómo funcionan en la literatura?

El fenómeno de los sentidos de Rimbaud funciona en la literatura como si estuvieran todas las experiencias clasificadas en un tablero con regletas de sentidos que se pueden mover y coordinar de diferentes maneras. La sinestesia es percibir los sonidos y la música como efectos luminosos o las sensaciones visuales como sonoras, provocando una

alteración de los sentidos, y esto era algo que Baudelaire buscaba a través de sus experimentos literarios. —

— F.H.R. TURÓN

CINE

El uno y el todo

Ni uno menos (*Yi ge dou bu neng shao*), dirigida por el gran director chino de la “Quinta Generación” (post-Revolución Cultural) Zhang Yimou, ganó el León de Oro en Venecia en 1999, un premio inmenso para una pequeña película, aunque artísticamente (hasta cierto punto), y tal vez aún más sociológicamente, interesante. El director eligió actores no profesionales, en su mayoría reclutados y seleccionados en el campo, y el logro más notable de la película está en el manejo que hace Zhang de un grupo de niños campesinos —de edades que varían—, que son los estudiantes de una escuela primaria rural de un solo salón, a la cual, al principio de la película, la treceañera Wei Minzhi (caracterizada por Wei Minzhi —los personajes conservan los nombres originales de los actores—) llega como maestra sustituta, porque Gao, el maestro titular y un hombre mayor, será alejado temporalmente por una crisis familiar.

Wei Minzhi es poco más que una niña ella misma, con sólo educación primaria, y sus instrucciones consisten en una breve conversación con el maestro Gao (cuando éste está por irse). Y él le muestra el rudimentario estado físico de la escuela (ella dormirá en la propia escuela, compartiendo un cuarto con tres de los estudiantes).

Ni uno menos está conscientemente creada con una trama mínima y un cuidadoso, pero escaso, uso de la técnica cinematográfica. Como sucede tan seguido en el cine iraní, alabado por Zhang Yimou, los niños son aquí el vehículo de la trama y del comentario social (una estrategia casi esencial y muy útil en Irán para evitar la censura de los *mullahs*). Zhang extrae tanto variedad como individualidad de su

reparto de niños campesinos, y la interacción entre ellos y Wei Minzhi en el primitivo salón —interacción controlada, no sentimentalizada, marcada por súbitas sorpresas personales en tanto que Wei, una niña poco mayor, aprende a dirigir niños— es el mejor, más natural y menos artificial aspecto de la película.

Cuando el niño Zhang Huike no aparece una mañana y Wei descubre que se ha ido a la capital de provincia a buscar trabajo para ayudar a su empobrecida familia, ella se enfrenta a un problema doble: personal y social. Se le ha dicho a Wei que, para cobrar su pequeño salario, debe tener el mismo número de estudiantes para cuando regrese el maestro Gao. Ella piensa primero en su paga, y decide partir, de alguna forma, hacia la capital, donde debe encontrar al niño. Pero —sin perder el motivo de ganancia personal y responsabilidad— su viaje a la gran ciudad también se convierte en una aventura social, la misión de traer a un niño desertor de regreso a la escuela. Y su viaje y vagabundeos convocan tanto a una mayor inventiva cinematográfica como a un mayor número de clichés sociopolíticos.

Las aventuras de Wei en la ciudad se convierten en una especie de baile con una serie de parejas abstractas: la emoción genuina, el sentimentalismo, el proceso de madurez de una joven niña y —al vuelo— la observación e indirecta crítica de la China de hoy, condicionada por la conciencia de la mirada atenta de la censura del gobierno.

El primer problema es cómo pagar el viaje de Wei a la ciudad. Cuando finalmente intenta colarse en un camión, es echada, y comienza a caminar. Hay un rápido corte hacia su caminar con decisión, sin chamarra y con el pelo suelto, como si hubiera madurado en un momento, que es una efectiva variación cinematográfica del cliché comunista chino de la joven decidida en ruta a cambiar el mundo. Y es acompañada por uno de los pocos toques musicales (dulce y triste) usados discretamente y efectivamente a lo largo de la película. Provinciana rústica en la ciudad, escucha

consejos recogidos al azar e improvisa intentos torpes de localizar al niño descarrilado. En cierto punto gasta casi todo su dinero en papel y tinta y escribe anuncios, sin una dirección que indique cómo hacer contacto con ella, pues no tiene dónde quedarse. A los papeles se los lleva el viento (mientras Wei duerme en la calle) y son barridos por barrenderos —una imagen elegante de futilidad y del paso del tiempo. En otro punto intenta, durante todo un día, afuera de una estación de televisión, identificar al director de la misma (el tiempo pasa a través de una serie de disolvencias) preguntándole a todos los que pasan a pie o en bicicleta, pero sin ocurrírsele interrogar a los que entran en coche. Mientras, hay cortes a Zhang Huike mendigando comida y finalmente siendo aceptado por la dueña de un restaurante que le ofrece alimentarlo si a cambio él se dedica a lavar los trastes.

La censura (o su sombra) aparece con el trato universalmente gentil que reciben Wei y Zhang en la ciudad. Nadie los amenaza, nadie trata de abusar de ellos. La única figura que se le acerca a la cualidad villanesca es el recepcionista a la entrada del estudio de televisión, quien le niega la entrada a Wei por no tener una identificación formal. Aquí tenemos al cliché (“yo sólo obedezco órdenes”) del burócrata menor que bloquea el acceso al obviamente mejor intencionado (*ex officio*) y benevolente burócrata de nivel alto, en este caso el director de la estación, que regaña al recepcionista e invita a Wei a su oficina. A Wei se le hace aparecer en un programa de noticias junto a una conductora elegantemente vestida, y su lacrimógeno mensaje llega a la dueña del restaurante y, a través de ella, al niño, con quien por fin se reúne. Pero la división entre las dos Chinas —la rural encajada en su pobreza, la urbana con sus sueños neocapitalistas— aparece claramente en la simple doble toma de la locuaz conductora en su moderno traje y la dolorosamente tímida Wei en sus ropas campesinas, confusa pero eventualmente elocuente entre sus lágrimas. La película finaliza con el regreso triun-

fal y una arenga escrita sobre la importancia de que los niños no abandonen la escuela. Pero también nos quedamos con la cuestión abierta del contraste, y tal vez la alienación creciente, entre la nueva y agresiva vida de la ciudad china y el campo, donde, tal vez a pesar de ella misma, Wei Minzhi se ha convertido en la heroína tradicional de valores comunales y del valor del “todo”, con la voluntad de no aceptar ni siquiera “uno menos.” —

— HANK HEIFETZ
— Traducción de Santiago Bucheli

DEPORTES

Maradona: la caída de un ídolo

Hace poco vimos, en la televisión, una imagen que no conocíamos de Maradona: gordo, desparramado, balbuceando frases incomprensibles que trataban de esconder la figura de un ídolo caído. Las reacciones ante tal cuadro no fueron menos sorprendentes: la prensa no sabía qué decir —algunos minimizaban el drama mientras otros buscaban ávidamente noticias para vender—, futbolistas que clamaban ayuda médica para el compañero, justicieros a favor de la cárcel y especialistas explicando que la única solución era el trasplante de corazón. Inevitablemente, las piernas del futbolista dejaron de hablar por él; ahora su adicción lo gobierna.

Diego Armando Maradona surgió en el vértice de dos esquizofrenias irrefrenables: el aspecto religioso que tiene el fútbol para los argentinos y la venta mercantilista que gobierna, sobre todo estas dos últimas décadas, a este deporte.

Por una parte, desde el apoyo casi dictatorial del peronismo a los héroes deportivos, el fútbol argentino, de por sí germen de fanatismo, entró en una dinámica desorbitada con los militares en la segunda mitad de los setenta. Sin par-

tidos políticos, sin derecho de reunión, el balompié se revistió de una simbología, dirigida desde el poder, donde la identificación grupal no estaba prohibida y cuyos voceros —el sistema periodístico— jugueteaban en la dualidad de ser verdaderos guías espirituales y, al mismo tiempo, ministros publicitarios de la dictadura militar. Como sentenció Manuel Vázquez Montalbán: “el fútbol es una religión laica, quizá hoy sustituto de las utopías”, y en Argentina esto se comprueba de manera total.

Desde su nacimiento deportivo, Maradona fue carroña para los buitres del poder en turno: los militares salientes quisieron apoderarse de su pase desde el Argentinos Juniors y aplazaron su salida al extranjero, y Ménem lo nombró “embajador deportivo”, defendiéndolo luego del escándalo en Estados Unidos y propiciando su recontractación con Boca Juniors gracias a capitales importantes apegados al presidente. Además está su extraña cercanía, casi enamoramiento, con ese oscuro personaje próximo al tráfico de drogas y a las cúpulas políticas que es Guillermo Coppola.

Todo esto interviene, además de su inevitable figura de lumpen representante de las minorías ignorantes triunfando desde abajo, lo mismo en Argentina que en Italia, para que en Maradona se establezca un paradigma dual, muchas veces irreconciliable, entre la persona y el ídolo, como si se consumiera con su propia obra.

Por otro lado, el gran aparato del fútbol está muy bien cimentado: el inmenso poder de la FIFA, la prensa voraz comandada por la televisión y la gente ávida de falsas esperanzas en un mundo hueco. No es casual que Havelange dijera que con la caída del bloque so-

viético sólo quedaban dos potencias en el mundo, Estados Unidos y la FIFA.

Ahora, mientras lo vemos chapotear en la clínica de Cuba, la televisión se regodea con su caída, Fidel Castro se aprovecha de su imagen y Joseph Blatter



La dinámica de lo impensable.

se atreve a sentir lástima. La persona se irá para siempre, mas su imagen actual no será capaz de nublar su zurda prodigiosa inventando jugadas impensadas, su sabiduría en un equipo lleno de obreiros sin mucho talento, su capacidad de detener el tiempo para luego romperlo: “el último genio”, como lo definió Beckenbauer. El periodista argentino Dante Panzeri dijo: “Si el fútbol más hermoso es la dinámica de lo impensable, en Maradona halló un intérprete genial”. Y eso no lo vamos a olvidar. —

— CARLOS AZAR

LITERATURA INFANTIL

Un rayo en la frente: Harry Potter y la piedra filosofal

A mis alumnos de los miércoles

Un bebé sobrevive por razones misteriosas al encuentro fatal entre sus padres y un mago perverso, con apenas una herida en forma de rayo en la frente. En su historia descubrimos una Inglaterra paralela habitada por magos, brujas, fantasmas, bestias fabulosas y adeptos a las Artes Oscuras; una Inglaterra en donde la pasión futbolística está presente e intacta: ahí, el fútbol se juega en el aire sobre las escobas voladoras del folclor y se llama *quidditch*. También nos enteramos de que los humanos carentes de facultades mágicas nos llamamos *muggles*. Leemos sobre un Londres deliciosamente excéntrico, al que se llega naturalmente por metro (como en la brillante *Neverwhere* de Neil Gaiman) y en donde hay pubs llamados “El caldero roto”, tiendas con más historia que Harrods (Ollivander, “fabricantes de excelentes varitas mágicas desde 382 a.C.”), bancos vigilados por trasgos, boticas expendedoras de filtros y pociones y sastrerías especializadas en túnicas y capas.

Harry es un héroe infantil huérfano y maltratado, en la situación de Cenicienta, pero —a diferencia de los prota-

gonistas de los cuentos de Andersen, quienes dependían de su obediencia y mansedumbre para sobrevivir—, es un niño que se gana la simpatía del lector por su sentido del humor (el primo gordo y golpeador que le amarga la existencia le parece “un puerco con peluca”), su falta de autocompasión y su ingenio. Este es, en unos renglones, el mundo de Harry Potter, pero la enumeración no basta para explicarnos el fenómeno de lectura y ventas en el que se ha convertido la serie, creada por la escritora escocesa J.K. Rowling.

Harry Potter es, por supuesto, el heredero directo de una tradición riquísima de literatura para niños —la escrita en lengua inglesa. Esta tradición, sólo en el siglo XX, cuenta con la obra de J.R.R. Tolkien, C.S. Lewis, James Barrie, Frank Baum y Ursula K. Le Guin. Rowling logra integrar a su serie muchos de los aciertos de sus predecesores y, cuando los rodea del universo minucioso que ha concebido, les da una nueva vida. Por ejemplo, el mago-filósofo que se origina en el Merlín medieval y ha tenido sus avatares en Gandalf, el heroico y sabio protector de la Tierra Media, y Nemmerle, el Archimago que ofrenda su vida a cambio de la de su discípulo en el *Mago de Terramar* de Le Guin, tiene una nueva encarnación en Albus Dumbledore, el director del Colegio Hogwarts de Magia. A.O. Scott escribió de Dumbledore en la revista de *Internet Slate*: “La teología de Dumbledore, benevolente pero estricta, admite la operación del libre albedrío en un mundo determinado por lo sobrenatural y es clásicamente miltoniana” (citado por Allison Lurie: “Harry Potter’s Secrets”, *The New York Review of Books*, 16 de diciembre de 1999).

J.K. Rowling ha acumulado además un impresionante *corpus* de sabiduría medieval, y lo utiliza mezclándolo con lo imaginario con ligereza e ingenio. El lector adulto que sea capaz de dis-

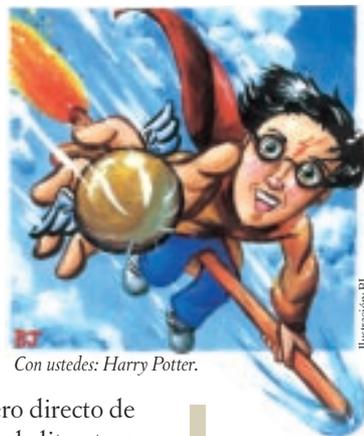
cernir, en un entretenido juego borgeiano, cuáles son los datos apócrifos y cuáles los históricos, comprobará hasta dónde llega la erudición de esta autora. Nicolas Flamel, uno de los protagonistas de *Harry Potter y la piedra filosofal*, es, de hecho, una de las figuras más

importantes de la tradición alquímica occidental. Según la sabiduría hermética, Flamel ha sido el único que ha “logrado coronar la Obra, el 25 de abril de 1382”, es decir, logró, después de 24 años de proceso, obtener la fórmula de la piedra filosofal (véase los *Cinco tratados españoles de alquimia*, de Juan Eslava Galán).

La prolijidad casi naturalista de Rowling

para describir los acontecimientos imposibles que ocurren en Hogwarts es uno de los rasgos más divertidos de estos libros. Así, en la clase de Transfiguración, dictada por la profesora McGonagall, la maestra transforma su escritorio en puerco y viceversa. Acto seguido McGonagall procede a dictar notas complicadísimas a los ilusionados estudiantes y a media clase les da un cerillo con las instrucciones precisas de cómo transformarlo en una aguja. Sólo una alumna aventajada, después de sudar y acongojarse, logra cambiar un poco su cerillo: lo alarga y lo vuelve plateado.

Al igual que en la Tierra Media y en Narnia —los hobbits detestan las máquinas y C.S. Lewis aconsejaba nunca escribir a máquina porque pensaba que el ruido de las teclas destruye la capacidad del oído para percibir la musicalidad de los textos—, en este mundo la magia sustituye con ventaja a la tecnología (sólo los muggles tienen coches, tostadores y televisiones). Pero la acción ocurre en esta época y en Hogwarts el alumnado es una mezcla de razas y clases sociales: Parvati Patil es la alumna aventajada de la clase de Adivinación y Cho Chang es la más guapa de las jugadoras de quidditch. En los libros de Harry Potter



Con ustedes: Harry Potter.

Ilustración: BJ

se refleja, como en un espejo poblado de fuegos fatuos y espectros, la compleja sociedad inglesa actual.

En Inglaterra ha sido publicada una edición (más cara) con una portada sin ilustraciones, para aquellos adultos a quienes avergüenza leer libros para niños. Se han vendido veinte mil ejemplares. La vergüenza consistiría, más bien, en no atreverse a leerlo *sólo* porque es un libro para niños. —

— VERÓNICA MURGUÍA

VIAJE

Pequeña historia habanera

Silverio, o *Silverio de Cayo Hueso*, anda siempre por el Parque Central, frente al Capitolio y a dos pasos del Floridita. A los extranjeros que engatusa con algún cuento amistoso los lleva al bar del cine Payret, donde tres amigas suyas lo esperan para que les presente al turista en turno. Las chicas hacen cuentas con los veinte o treinta dólares que pueden llevarse por una noche con el *yuma*, pero su verdadera ilusión les susurra las maravillas de un romance impostado que las arranque hacia cualquier otro país. Hasta la novia de Silverio se fue; hace dos años se casó con un italiano y ahora vive en Milán. Es una historia bastante repetida en La Habana, que incluso suena en las canciones “A pagar allá” de Manolín, *El Médico de la Salsa* (“ya sé que te casaste, ya sé que te vas lejos/ ya sé que te olvidaste de mí, te vas al extranjero...”), o “Mi chocolate” de Los Van Van (“se casó con un italiano, y por supuesto se la llevó/ y me dijeron que la encerró, como medida de protección”). Para no pasar por mentiroso, Silverio muestra la foto de una mulata y sus dos negritas, Nadieska y Yudaysi, que se hospedan en lo de la abuela materna hasta que su padre consiga una casa habitable. Una segunda foto muestra a una morena delgada, sinuosa y hermosísima. Es Reyna, la actual compañera de Silverio y una de las jineteras más bo-

nititas de Centro Habana.

Además de a sus amigas, Silverio vende marihuana, cocaína y crack, habanos de cualquier marca y tamaño, compactos de salsa *quemados* y hasta playeras con la inscripción “Liberen a Elián” que cambia por algún billete norteamericano o cualquier otra prenda occidental. También consigue alojamiento por diez dólares diarios (menos de la mitad de lo que se paga por un cuarto tranquilo en El Vedado), “paldares” a ocho y discotecas de a cinco, donde llevarse a una mulata es todavía más barato porque recién están en sus pininos como prostitutas. Es ingeniero naval y trabajó por doce dólares mensuales hasta que se hartó. Por cada uno de sus negocios se lleva alguna comisión a discutir, y los pocos enemigos



Escenas del Malecón habanero.

que tiene son aquellos que lo han tratado “como a un punto”, ajenos a la lealtad ética que palpita en la miseria. En su casa no hay lugar para nadie más, ayer se sentó sobre una mesita y la rompió, un biombo separa la sala de la mínima cocina y por todos lados resuena la voz de una tele enorme, soviética, sin imagen, que funciona perfectamente como radio. Silverio invita quién sabe por qué, no acepta más dinero y dice que le interesa mostrar “La Habana de *veldá*”. De camino él va un poco más adelante y yo lo sigo; si fuéramos juntos nos detendría uno de los cincuenta mil policías destacados especialmente en La Habana, gente más que dispuesta a hacer cumplir la “disposición” que a los cubanos les prohíbe transitar con

extranjeros. El coche que nos lleva no es un taxi, sino el de un habanero que se ofrece a acercarnos por cinco dólares. Tiene que ir por donde haya menos policías, yo tengo que ocultarme en la parte de atrás y, sobre todo, tratar de que nadie me vea sacar los billetes y pagar. Finalmente llegamos: el barrio es San Miguel del Padrón, el mismo de donde salió Yuliet, la protagonista de la película *¿Quién diablos es Juliette?* Hace cuatro días, uno de los vecinos se ahorcó; tenía tres hijos, a su mujer se la había llevado un alemán, y la semana anterior buscaba con quiénes subirse a una balsa y escapar rumbo a Miami. En la casa contigua a la de Silverio, dos mujeres decoran un pastel y otras tres terminan de amarrar un montón de paquetitos que guardan en una bolsa. En media hora salen para Villa Delicia, cerca de Villa Grande, a la cárcel para menores. Van a visitar a Magalis, la joven quinceañera a quien le dieron dos años por estar con unos italianos en la playa de Guanabo. La última vez que la detuvieron le avisaron que, a la próxima, iban a arrestarla por “peligrosidad”. Y ahí está entonces, encerrada con otras amigas y aferrada a la esperanza de que a su salida se la lleven a Italia.

Silverio también estuvo preso, y una botella de Havana Club lo hunde en una sinceridad de miedo. No se llama Silverio, sino Francisco. Un día encontró a su hermano menor en plena pelea con un policía; sin pensarlo mucho, tomó su bate de béisbol y lo partió en la cabeza del defensor de la Ley. Tuvo que pasar siete años entre rejas, adentro lo provocaron y no salió hasta cumplir una década de encierro. “Perdona que te haya engañado, mi hermanito, pero tú sabes que aquí hay que cuidarse”, dice ahora, mientras Reyna entra en la casa y saluda a los abuelos, la mamá, la tía y dos primos, la población total de este piso derruido. En la tele-radio se relatan las últimas noticias sobre el caso del niño Elián González. Reyna me pregunta si ya tengo chica para estos días habaneros y no sé qué contestar. Es hija de Elegguá, quiere

hacerse santera y necesita dinero para comprarse la ropa que le falta para la ceremonia y todo el año en el que deberá ir vestida de blanco. “A golpe de ideas marcharemos por el largo camino de dignidad y coraje sobre el que se producirá el inexorable regreso de Elián, un sendero de victoria ante la hostilidad incesante, las leyes crueles y el cerco inhumano que una superpotencia ha interpuesto contra nuestro noble y heroico pueblo”, se escucha en cada rincón de la casa. Silverio, o Francisco, apaga el aparato y me pide que, si puedo, a mi regreso cuente algo de lo que él se empeña en mostrarme. Yo le aseguro que haré lo posible, aunque sé que a la realidad hay que inventarla para que no suene inverosímil. —

— LEONARDO TARIFEÑO

CIUDAD

Vida nocturna: homenaje y profanación

Hace unos días visité la ciudad (o algo así) de Cancún, Quintana Roo, y tuve un momentáneo ataque de simpatía por el antiguo gobernador de dicho estado y por su socio cubano: francamente, alguien más tendría que hacer algo pronto para acabar con la buena reputación de este destino turístico. Durante el día, la arena y el cielo y los bikinis hacen pasadera la existencia, pero al caer la noche Cancún se revela con toda su fastuosa miseria. Ninguna imitación (de Miami, FL) ha superado tanto al original (Houston, TX). Ciertamente contribuyen a la perfección de ese horror las hordas de turistas en pantalones cortos o calzoncillos largos, apenas superiores en número a las de vendedores de tiempos compartidos que, por algo que suponen que es respeto, le hablan a uno primero en inglés, después en español (o en algo que suponen que es español), después en francés, con la camaradería propia de quienes estudiaron la carrera juntos y terminaron emparentando políticamente gracias a algún matrimonio de conveniencia.

Volví a la Ciudad de México, pues, lleno de quemaduras solares de tercer grado e ideas positivas acerca de mi lugar de residencia (se dice así aunque para visitar alguna de éstas haya que contratarse como chofer en Tecamachalco). Puedo querer realmente a esta ciudad, cuyo fulgor a ratos me es inasible, aunque, y sigo antiparfraseando a Pacheco, no daría la vida por ninguna de sus calles, ni por sus tres o cuatro o equis ríos, que ya entubó. En todo caso, no hay mejor método para provocar el idilio con el Distrito Federal que el visitar por unos días cualquier otra ciudad del país. Y no necesariamente porque la provincia sea chata, *naïf*, mocha, anodina: no, nada que ver. De veras. Lo que pasa es que para muchos el Distrito Federal es nuestra Itaca. Así lo creía yo, que volvía de mis vacaciones, y lo amaba, con un amor que duraría algo más que un instante.

Hasta el siguiente jueves, precisamente, cuando quedé de encontrarme con unos amigos saliendo de trabajar.

—Algo se prepara —dijo uno entre nosotros.

—Claro: van a cerrar. ¿A dónde vamos?

Y es que a las diez de la noche en el Café del Parnaso, salvo nosotros tres, no había nadie. Entonces repasamos mentalmente las posibilidades que ofrece la ciudad más grande del mundo, dizque casi infinitas: discotecas con autodiscriminación racial en la puerta, restaurantes para escuchar *muzak*, bares de Sanborn's, enclaves por fortuna selectos para sentirse en Connecticut, canta-bares o clubes de karaoke, avenidas para ir a ver pelear automovilistas, lugares “para danzar en las mesas” (como dijo una diputada panista cuando comenzaron a aparecer estos antros, desplazando a los imprecisos y rutilantes *centros nocturnos*, en un enroque que según otros estaba destinado simplemente a quitar celebridad a las amantes de nuestros presidentes), ventanitas que apoyan la economía familiar de los inspectores delegacionales, billares que cierran a las once, salones de baile que cierran casi toda la semana, centros de

apuestas prelegales que sólo podemos imaginar, y no mucho más.

—No hay suficientes lugares para estarse tranquilo, conversar, tomarse una copa, sin que tengas que soportar el peso ominoso de los sueños de nuestra clase media. Aun sin pensar en sus peligros, haz de calamidades, deploro la vida nocturna de nuestra ciudad —dijo el poeta.

—Bueno, no puede ser peligroso porque la palabra “peligro” implica necesariamente “riesgo”, y esto es lo contrario que “seguro”. Y aquí las consecuencias de dejar el estéreo en el coche o tomar un taxi libre no son “peligrosas” sino “seguras” —dijo otro, que es filósofo.

—Ya entiendo por qué votar por el nuevo PRI es más seguro —dijo otra vez el poeta.

—Cuando Zaid escribió su poema “Teofanías” (“No busques más, no hay taxis”) era imposible encontrar un taxi. Después vino el progreso y eso se volvió probable. Más progreso, y lo que se volvió probable era que si lo encontrabas te asaltarán. Después entramos a la OCDE y lo que se volvió imposible es que si encuentras un taxi y te subes a él, no te asalten.

Luego el que es poeta quiso que pensáramos en los representantes de nuestra vida nocturna: niños feroces, meseros, garroteros, guaruras (“por nuestra seguridad, no confundamos a estos últimos, tan similares sólo en apariencia”), putas, policías flacos en bici, policías gordos en patrullas, vendedores de flores, *dealers* de droga y de hot dogs: los vivos están vivos. Y peor: nosotros mismos, pálidas ramas en un patio de invierno. Y peor que peor, porque no los consideramos males necesarios sino imprescindibles: acomodadores de coches, ya sean formales y lleven chalequitos rojos de valet parking, o informales, con un trapito sucio al hombro que en comparación luce muy varonil.

—Viene viene —dijo uno de estos últimos.

—Algo se prepara —dijo el poeta.

Y se nos cayó la defensa. —

— PABLO BOULLOSA